



Columna del Emperador español Trajano, coronada hoy por la efigie de San Pablo.



La puerta (atribuida a Formigoni) del Colegio de España, en Bolonia.



El Papa Inocencio X, obra magistral del pintor Velázquez.

HIVELLAS HISPANICAS EN ITALIA



EN este año del Señor de 1950 toda la Cristiandad puede llegar a Roma para ganar las grandes indulgencias de la Iglesia. Año de gracia, la Iglesia permite a todos los pecadores del orbe conquistar inmensos beneficios espirituales y confirmar su fe, con el esfuerzo del camino de Roma. Con la presencia física en la Ciudad Eterna y el recorrido, con devoción religiosa, de las Basílicas madres de la Cristiandad. La Iglesia remedia en este Año Santo, no solamente los pecados, sino los abandonos y negligencias, el olvido en que la propia Cristiandad suele tener a la patria común, a la Ciudad Eterna.

Por feliz coincidencia, cuando todos los ojos del mundo miran hacia Roma, para ganar su espiritual jubileo, y los españoles muy especialmente, España está ganando otro jubileo especial en la Ciudad Eterna y en lo que Roma refleja dentro de Italia.

España, con evidente intervención de la Providencia, ha conservado milagrosamente en Roma

infinidad de recuerdos, edificios, instituciones e iglesias; conjunto derivado todo él de una conciencia, sistemática y pensada política religiosa, realizada durante la Monarquía austriaca, que alternaba, en un perfecto equilibrio, una maravillosa defensa de los intereses del Estado católico de la Península Ibérica con una sincera sumisión a Roma.



Esta política empezó a quebrarse a partir del regalismo borbónico, completamente diferente del austriaco, coordinado, ecuaníme y lógico. Ya en los primeros tiempos del cambio de dinastía, juntamente con la crisis de tantas otras cosas de España, vino también la crisis de las cosas de Italia de nuestros antiguos Virreinos, a causa, principalmente, de las personas que encarnaban instituciones y representaciones. En una triste carrera de obstáculos, en la que, en vez de superarlos, se iban eliminando constantemente las cosas españolas de Roma y de Italia—pues no hay que olvidar que, en una gran parte, nuestras institu-

ciones de Nápoles y de Sicilia estaban en estricta relación con Roma—, se fueron desmoronando casi completamente. El momento más agudo fue aquel de los últimos años del reinado de Isabel II, en el que la iglesia nacional española en Roma, Santiago de los Españoles, de plaza Navona, fundada, según dice la tradición, por aquel senador de Roma, Infante Don Enrique, hijo de Fernando el Santo, fué vendida en pública subasta, por el motivo, según decían los de aquel tiempo, de que estaba ruinosa, siendo comprada por una Congregación francesa.

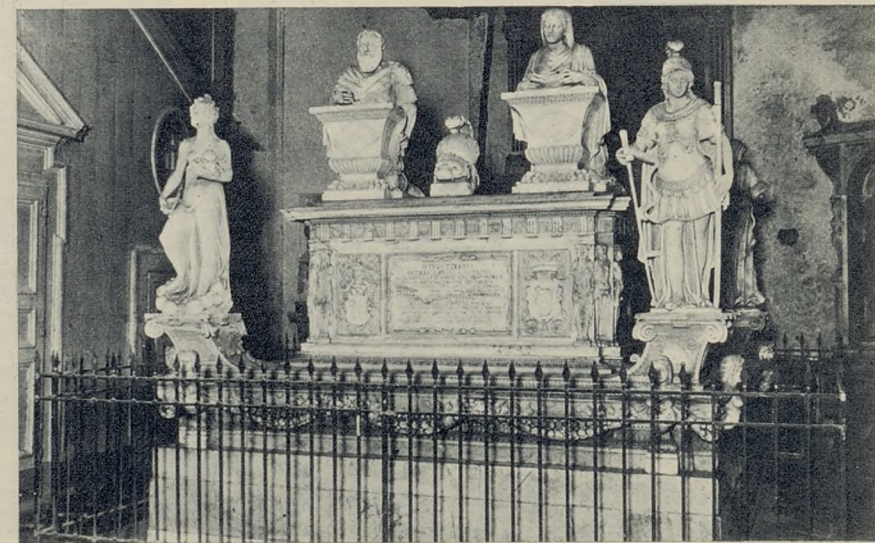
Por fortuna, a fines del siglo XIX, hubo una mente inteligente y una mano capaz de salvar lo salvable de todas nuestras viejas cosas de España. Se recibieron de la mejor manera iglesias, obras pías e instituciones benéficas; se concentraron cosas dispersas y, aunque también se olvidaron otras, hubo como un pequeño resurgir general, que luego fué deshaciéndose poco a poco, dando lugar a un nuevo completo abandono y vacío, en el

que nos encontrábamos hasta hace unos años.

Tres grandes núcleos espirituales podemos señalar en Italia que reflejan la presencia española. Roma, naturalmente, con su iglesia de Santiago y Montserrat (a la de Montserrat se unieron los restos materiales y espirituales de la iglesia de Santiago, la basílica de San Pietro en Montorio y tantas otras iglesias españolas, en su totalidad o en parte). En el viejo Reino de Nápoles y en Sicilia; después, con sus basílicas, iglesias, instituciones pías y religiosas, en Nápoles y Palermo, y, por último, la huella espiritual y material que en el Norte de Italia, es decir, en la Emilia y la Umbria, dejó nuestro gran Cardenal Albornoz, gracias al cual se conservan toda-



vía el colegio por él fundado, los castillos por él levantados y, seguramente, por el ambiente derivado de todo ello, la iglesia de Asis, obra de nuestros Reyes Felipe III y su mujer. El más viejo recuerdo de España en Roma, subsistente todavía, es San Pietro en Montorio.





La iglesia se eleva en el Monte Gianicolo, donde la tradición quiere que fuese martirizado San Pedro. Los Reyes Católicos dieron a los franciscanos los medios necesarios para la construcción de iglesia y convento, y en él todavía subsisten como testimonio las águilas de San Juan con las armas de España. El donativo lo hicieron los Reyes como acción de gracias por el nacimiento del Príncipe Don Juan.

La iglesia y convento son de estilo transición del gótico al primer Renacimiento; el tiempo añadió maravillas a la obra inicial: el Bramante, por encargo especial de los Reyes, construyó su famoso *tempietto*, una de las más grandes bellezas arquitectónicas de Roma; la famosísima *Transfiguración*, de Rafael, adornaba el altar mayor (hoy día, sin saber el motivo, está en la Pinacoteca Vaticana), y la iglesia toda está llena de frescos, estatuas y adornos de excelsa belleza y de artistas famosos. La iglesia, un tanto abandonada a fines del siglo XVIII, en el XIX volvió milagrosa y plenamente a España. En una parte del antiguo convento se eleva hoy la Academia de Bellas Artes, y en la iglesia, ocupada por franciscanos italianos, apenas hay una mano o una voz españolas. Los españoles entramos tímidamente en esta iglesia (es de esperar que las cosas cambiarán pronto) para contemplar las arenas doradas—Monte de Oro—del lugar donde fué crucificado el Apóstol.

Bajando del Gianicolo, atravesamos el río por el viejo puente Sisto, y, a mitad de la Vía Giulia, el viejo Corso, y entramos en el patio posterior de la Casa de Montserrat. Pero recordemos antes que, desde Roma hasta Palermo, en toda Italia, las «naciones castellana y catalana», como se decía entonces, pugnaban por elevar iglesias, fundar cofradías, dejar hospitales: Santiago, San Ildefonso, la Virgen de Guadalupe, para los castellanos; Montserrat, Santa Eulalia de Barcelona, para los catalanes.

Casi coetánea de San Pietro en Montorio era la iglesia de Santiago, en plaza Navona, medio gótica, llena de monumentos florentinos con severas caras hispánicas; la gran estatua del Santo titular, por Sansovino, hoy, por fortuna, en Montserrat; tantas memorias, tantos monumentos, cuadros. Todo, o casi todo, desapareció, por la incuria o quizá por la mala voluntad.

En el patio de Montserrat, entrando por Vía Giulia, hoy existen una buena parte de los sepulcros de Santiago; la iglesia es hoy de Santiago, San Ildefonso y Montserrat. Se concentra en ella toda la tradición religiosa española en Roma. Todavía hay buenas cosas: cuadros, estatuas, enterramientos. En la primera capilla de la derecha reposan, en tres sencillos monumentos, los Papas Borja y Don Alfonso XIII; en la casa religiosa hay como restos de grandezas pasadas y algún que otro buen cuadro solamente.

Hoy la iglesia de Santiago y Montserrat resurge: rector y capellanes la llevarán de nuevo a sus tiempos gloriosos. La restauración material y espiritual camina rápidamente. Biblioteca, salón de conferencias; todo va saliendo de entre la ruina.

Después, Roma está toda llena de cosas españolas. Los Padres Dominicos de Vía Frattina; los Trinitarios, en San Carlino la Colina, alejada del Aventino, con la presencia del Santo de Guzmán, y tantos otros lugares.

El siglo XVI es todo un esfuerzo vertiginoso; los grandes Virreyes se suceden: Toledo, Zúñiga, Maqueda, Lemos. Más tarde, por doquiera se alzan iglesias, fundaciones y monumentos. Todavía son españoles muchos de ellos: Santiago, en Nápoles, maravillosa basílica, que está asistiendo a su propia resurrección, con privilegios extraordinarios; el beaterio de la Soledad, también en Nápoles; la maravillosa capilla de Guadalupe y Santa Eulalia, en Palermo, que esperan manos españolas para revivir.

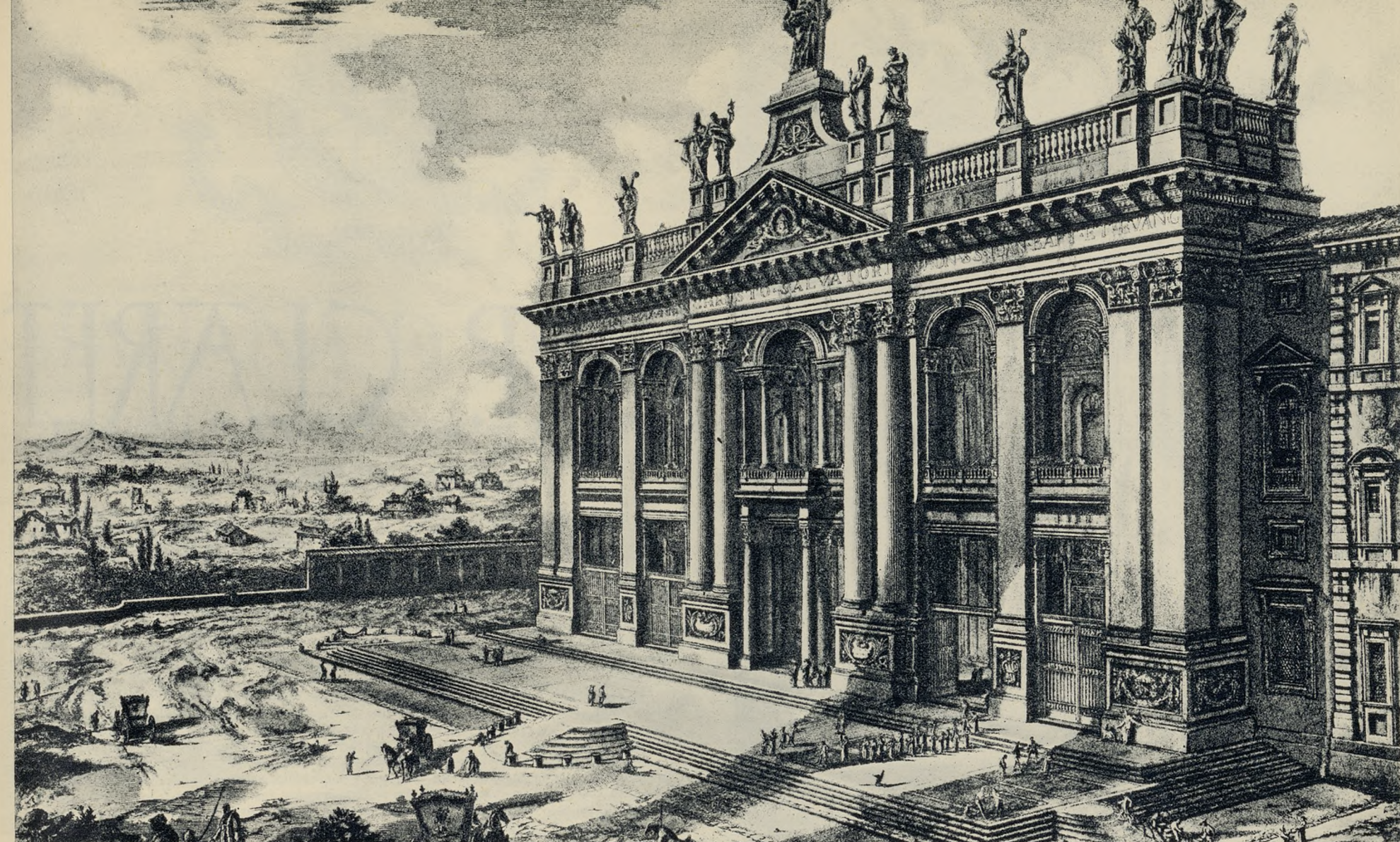
Y ésta es nuestra tarea, volver a pisar donde hay huellas, volver a vivir donde la vida está casi moribunda. Reunir Iglesia y Estado, culto y cultura, oración y estudio.

Y éstos son los criterios con los cuales esta España grande, silenciosa, apartada, cuya presencia se perfilaba tímidamente en esta Ciudad Eterna y en esta Italia hermana, madre e hija nuestra, vuelve de nuevo paso a paso, con tenacidad y con amor.

A la derecha: el famosísimo *tempietto* (Bramante) de la iglesia y convento de San Pietro en Montorio.

A la izquierda: la Catedral de Amalfi, en la Campania (siglo XI).





La visita a las cuatro Basílicas Patriarcales es preceptiva para obtener el Jubileo. Para San Pedro debe ser la primera visita, aunque la Catedral de Roma sea San Juan, porque San Pedro es San Pedro, esto es: un principio, un símbolo, una meta. El: «Tu es Petrus» ronda por los oídos. Está escrito allá arriba, en el ábside, con letras de a metro. Las proporciones son una prerrogativa de San Pedro, pero el peregrino no ha llegado hasta allí para esto; ha llegado para tocar con sus propias manos como toda una religión se ha hecho, epopeya arquitectónica, materia vivida y viviente mediante la voluntad solitaria de generaciones que con su esfuerzo han dado figura y función plástica a su fe.

LAS 4 BASÍLICAS JUBILARES

De San Pedro, a Santa María la Mayor. Para un hispánico hay un recuerdo im-
presionante. Allí está el primer oro que llegó de América, ofrendado a la Iglesia por la voluntad soberana de los Reyes Católicos de España.
De Santa María la Mayor, a San Pablo de Extramuros, alejado del mundanal ruido y cerca de los restos del «Doctor Mundi». Por fin, y al fin, a San Juan de Letrán, que es la Catedral de Roma: «Urbi et orbe Ecclesia mater et caput.» En ella se reunieron nada menos que treinta y tres Concilios. Es la iglesia de la Caridad; para los peregrinos, la visita a San Juan de Letrán debe ser el mejor incentivo para despertar en sus almas la virtud evangélica, la más querida del Apóstol, que la tradición representa apoyando amorosamente la cabeza sobre Jesús, después de la última Cena.

